

## Cuentos breves

## Mérito a la coincidencia

*Lorena Valderrama Granada\**

El sol se aferraba al cielo, postergaba de a poco su despedida, hacía hasta lo imposible por continuar narrando los acelerados pasos que todas las tardes embebían el puente de Augusto. No había terminado de caer el gran amarillo, cuando entre la fragmentada multitud se abrió paso un pequeño molinete de color verde que se movía de un lado a otro guiado por la alegría inocente de Tom Adler. Volvía a toda prisa, su padre esperaba urgente la harina que el niño llevaba en sus manos. Sus pies se detuvieron de pronto cuando en el suelo, mientras jugaba a no pisar las líneas que decoraban el camino, notó que sus zapatitos rojos se toparon con una moneda. ¡Una moneda de 5 céntimos! Se dibujó de inmediato una gran sonrisa en su rostro. ¡Qué gran día!, exclamó Tom mientras cambiaba de dirección, esta vez rumbo a un pequeño puesto de dulces junto a la imponente Ópera Semper. Se formó con ansias en la fila, cruzaba sus pies pisando uno con el otro, hasta que llegó su turno. Escogió un Nussecken, sus manos casi rogaban tener de inmediato el preciado dulce para sí,

\* Lorena Valderrama Granada. Estudiante de *Comunicación social y periodismo* en la Universidad Externado. Amante de la poesía y el arte de inmortalizar a través de las letras. Disfruta relatar las sensaciones más bellas que acompañan nuestra vida como humanos. Correo electrónico: valderramasara3@gmail.com

entregó su moneda y con emoción genuina se perdió en el espesor de la multitud alzando el molinete verde proclamando victoria. En la fila, el siguiente comensal, Alfons Richter vio con ternura al niño que se distanciaba cada vez más, le regaló una breve sonrisa al dueño del puesto, quien reconoció de inmediato al afamado actor. Pidió un Eierschecke, que recibió con sus guantes de blanco impecable. Del traje sacó 5 euros que entregó de inmediato, se llevó la mano al pecho, miró al rostro de su puntual amigo e hizo un gesto de incomodidad, llevaba 10 minutos de retraso, recibió el cambio y salió presuroso, lo esperaba una cita muy importante del otro lado del teatro. Mientras daba vuelta al Semper el dramaturgo desvió su atención hacia una hermosa chica que se encontraba al otro lado de la calle y con el ondeo fragante de aquella diosa, Alfons chocó contundente contra un hombre de aspecto olvidado, a quien la gente miraba con ojos que juzgan pero temen la imprudencia. Se quedó allí un rato, uno corto en realidad, sentado en el frío asfalto, viendo cómo los pasos comunes esquivaban fríamente la figura de Ludwig Dahl. Mientras se ponía en pie quitando el polvo de su traje gris satinado, se topó con un rostro difícil de encontrar entre los desordenados cabellos que le cubrían; vio cómo su mano derecha se izaba sobre su barbilla para rascar el incómodo espesor de su barba. Sus manos eran color cenizo, sus uñas eran largas y en ellas había una gruesa línea de mugre. Vestía un pantalón negro bastante desgastado por el uso permanente, además de una vieja cobija que había rescatado de un basurero hace apenas unos días, un calcetín en el pie derecho con un ancho roto en el pulgar y un gorrito verde militar que se acomodó cuando tuvo en frente al actor. Alfons lo miró con una profunda pena y tratando de calmar la culpa, que por alguna razón desconocida lo invadió al ver la condición de Ludwig Dahl, se esculcó los bolsillos y sacó los 5 céntimos; del actor, del niño, del distraído que los abandonó en el concurrido paso de Augusto, y se los dio con actitud empática, permeada de asco, claro. Dahl pudo comprar un pan, tal vez algo de agua, cualquier cosa, pero decidió guardar la moneda, en ella estaba reflejada la insignificante existencia que todos le profesaban, pero que él con silencioso ímpetu negaba. Tomó la moneda seguida de una corta y tímida venía con la cabeza, vio al actor alejarse en medio de un afán extendido y lloró. Se sintió humano, se sintió feliz, se sintió como los 5 céntimos que ahora permanecían apuñados en su mano izquierda.